Robert Zemeckis: Náufrago

Posted on 1 de marzo de 2001 by Juan Pedro Aparicio

En algún sitio había que decirlo: lo peor de esta americanización que padecemos está ocurriendo en nuestros cines. Y ahora no me refiero a la enorme cantidad de películas irrelevantes o francamente estúpidas que de esa nacionalidad se exhiben, sino al modo que tiene el público de contemplarlas. Cuanto más moderna y tecnificada la sala, peor. De poco vale que se hagan demostraciones previas de una sonoridad susceptible de transmitir sensaciones auditivas apabullantes; y sarcasmo resulta esa, por otra parte necesaria, petición de que se desconecten los móviles mientras dura la proyección, si uno está obligado a asistir a casi toda la primera mitad de la película, sea ésta la que sea, rodeado de los crujidos y murmullos producidos por las masticaciones, degluciones, sorbiatos y regurgitaciones de palomitas y refrescos. En pocas películas tal elemento sonoro ha podido ser más perturbador que durante la exhibición de Náufrago, pues mientras el desventurado Tom Hanks añoraba en la soledad casi muda de su isla cualquier tipo de comida, en la sala los espectadores ingerían en grupos esa crepitante bazofia a mandíbula batiente, pasándose unos a otros los cubos de cartón o de plástico.

Recuerdo una época en que en los cines británicos se podía fumar durante la proyección y las columnas de humo se mezclaban como nubes con los rayos de luz que desde las cabinas animaban las pantallas. Si de aquello se pasó a una etapa intermedia de asientos separados para fumadores y no fumadores, lo mismo podía hacerse ahora con esto de las palomitas. Propongo, y lo digo en serio, que se acoten los espacios, más incluso, que se dividan las salas, unas para espectadores que van a deglutir, sorber y regurgitar, y otras para los que sólo van a ver una película. Tomen nota los señores empresarios, sobre todo los de Kinépolis y Warner Lusomundo. Podrían dar ejemplo e instaurar una norma que sería imitada por otros países y no esperar a que, como suele ocurrir, nosotros la imitemos cuando nos venga de fuera. Ya lo saben, una sala picnic para masticadores de palomitas y demás chucherías, y otra para espectadores de cine.

Y dicho esto, paso a comentar la película.

Náufrago tiene tres partes claras: antes de la isla, en la isla y después de la isla; siendo la parte central la más larga, digamos que las otras dos cumplen el papel respectivo de prólogo y epílogo. En conjunto es una película larga, de más de dos horas, pero se ve sin fatiga, con interés, lo que dice mucho en favor de su ritmo, sostenido y vibrante casi siempre, a pesar de que durante bastantes minutos en la pantalla no se oye más voz –y a veces ni eso– ni se ve

más imagen que la de Tom Hanks.

Conviene quedarse con la secuencia inicial porque es recurrente. La película se abre con un cruce de caminos en un paisaje desolado de la América profunda. Una furgoneta de la FedEx, una compañía de entregas urgentes, llega a un rancho en el que recoge un paquete de manos de una mujer joven que suelda unas alas de ángel metálicas. Ese paquete es entregado en Moscú dos o tres días después; lo recoge en propia mano un individuo tocado de un sombrero vaquero, al que abraza una joven, «¿Quién te lo envía?» –le pregunta ella–. «Mi mujer» –responde él–. Y ya nada más sabemos del personaje.

El exterior del paquete lleva el dibujo de unas alas con una cinta que las rodea y la inscripción «El mundo en hora». Esas alas y esa cinta, en hierro, estaban al aire libre en forma de escultura en el rancho y la mujer trabajaba sobre unas iguales. Un paquete idéntico es también el único que Hanks no abre en la isla de su naufragio. Los demás, unos pocos que llegan a la playa casi al tiempo que él y que contenían fruslerías de la civilización, aparentemente inútiles –unos patines para hielo, unas cintas de vídeo, una gasa de un vestido–, se muestran, con el nuevo uso que el náufrago les da, de enorme utilidad.

El título y los carteles anunciadores, con un Tom Hanks en plan Robinson Crusoe o Tarzán de los monos, presagiaban una película de supervivencia en solitario. Y a poco de empezar, el espectador, atrapado en el ritmo frenético de los veinte primeros minutos, tiene la sospecha de que todo ese bullicio y aceleración no persigue más objetivo que el de servir de contraste con lo que ha de venir, ese calvario de soledad anunciada que espera a nuestro protagonista.

Es en este arranque impetuoso cuando conocemos los datos básicos del protagonista, el ingeniero de sistemas Chuck Nolan, interpretado por Tom Hanks, que trabaja para la FedEx: hiperactivo, imparable, con una noción exactísima del tiempo. El actor, según sabemos, había engordado para la ocasión, con lo que se muestra inusualmente rellenito; pero, eso sí, dinámico, tan dinámico y consciente del valor de cada segundo que parece un lunático, una persona que hubiera perdido definitivamente el sosiego. Pero quieren los guionistas y el realizador que sea una persona normal. Y el espectador lo acepta de buen grado. Así pues, Hanks explica a los trabajadores rusos de la FedEx la importancia de cada segundo en su trabajo. Luego, siempre muy deprisa, se desplazan todos a la misma Plaza Roja de Moscú donde, porque una de las furgonetas ha sido retenida con un cepo, los empleados han de hacer sobre la nieve la clasificación del material. La vida de Nolan se rige, pues, por el reloj y son varios los que siempre lleva consigo. Es fama que cuando joven robó la bicicleta a un niño para poder entregar un paquete a tiempo. Claro que también hay en él pinceladas de humanidad: por ejemplo, en el avión que le devuelve a Memphis, donde tiene su hogar, se interesa por la mujer enferma de un compañero. Además va a pasar la Nochebuena con su

novia, Kelly, interpretada por Helen Hunt, y la familia de ésta. El trabajo, sin embargo, vuelve a acuciarlo y durante la cena recibe un aviso para que se traslade al otro rincón del planeta, en un punto de Asia meridional. Sin más tiempo que el de ir juntos al aeropuerto, han de darse los regalos de Navidad en el coche, al pie del avión. Ella le regala un reloj que perteneció a su abuelo con su retrato en la contratapa; él, un anillo de compromiso. «Volveré para la Nochevieja», promete. Pero no vuelve. Una explosión dentro de su avión hace que el aparato se precipite sobre el Pacífico en medio de una terrible tormenta. (Esta secuencia del accidente está rodada de manera tan espléndida que precisamente por su convincente realismo no es recomendable para los espectadores con miedo a volar.)

Así que cuando el personaje arriba a su islote salvador ya está perfectamente caracterizado. Y no deja de sorprender que no se invirtieran las apariciones de Hanks ante las cámaras: el Hanks delgado para estas primeras escenas en el papel de workaholic, el Hanks gordo para la vida en la isla. Porque resulta difícil de creer que con el azacaneado régimen de vida que llevaba nuestro buen ingeniero de sistemas, como mosca en permanente arremetida contra el cristal, pudiera alcanzar a tener ese buche y esa sotabarba. Probablemente a cualquier otro ser humano, un naufragio de ese tipo casi le hubiera parecido un bien ganado descanso.

Pero sigamos. La isla es apenas un pedrusco elevado y abrupto que se recorre en un paseo cuando la marea baja lo permite. Que la película no decaiga durante esa estancia solitaria en la isla, más de una hora de proyección, tiene su mérito, sin duda atribuible al director Robert Zemeckis, el realizador de Forrest Gump y de Contact, y a su competente equipo. Y también a Hanks, que hace una interpretación a lo Forrest Gump, como si fuera el hermano mayor o menor de Forrest Gump. Porque la transformación que sufre su personaje Nolan, lejos de hacerle madurar, parece hundirle en la infancia; ríe y se queja como un niño, busca en un balón la fantasiosa presencia de un amigo, pero de un amigo que es su alter ego infantil.

La isla para Nolan, más que un lugar que ha de conquistar para sobrevivir, es una pura desconexión, un cruel corte con esos medidores del tiempo que hasta entonces habían regulado su vida. Por eso su lucha no parece que sea tanto por la supervivencia como por terminar con la desconexión. Hanks anhela volver a estar conectado, enchufado a la red.

El tipo de experiencias que las circunstancias imponen a Nolan como único hombre sobre la tierra nos son de sobra conocidas. Hay que reconquistar el fuego, hay que alimentarse a sí mismo sin proveedores, hay que luchar contra la soledad. Todo eso ya estaba, y muy bien por cierto, en el Crusoe. Considerable mérito es que, viéndolo de nuevo en Nolan-Hanks, no nos aburra.

Acaso el título de la película en castellano mueva a confusión, por la dificultad de encontrar

una locución equivalente a la inglesa original, Cast Away, algo así como desterrado o arrumbado por accidente, una suerte de pecio humano. Crusoe era el suelto eslabón de una cadena, una célula de la civilización trasplantada traumáticamente a una hostil soledad. Pero su articulación en la sociedad de su tiempo respondía a pautas de más sosiego cultural. Aquel eslabón era capaz de germinar en territorio ajeno y crear allí su propia cadena, era capaz de colonizar.

Crusoe era un eslabón suelto y perdido pero también era un colonizador. Nolan-Hanks no lo es. Se queda sólo en eslabón perdido, su aventura es no tanto la de una supervivencia como la de una desconexión.

Las conquistas básicas, las que le permiten sobrevivir, las logra Nolan-Hanks durante los cien primeros días de naufragio, incluida la invención de su alter ego, un balón marca Wilson al que dota de humanidad y bautiza con el nombre de la marca. ¿Es un símbolo irónico que el hombre de nuestros días encuentre precisamente en un balón su *alter ego*?

Hanks padece un dolor agudo de muelas, uno de los males de la civilización, algo que el pobre hombre traía de casa, pues ni siquiera tenía tiempo para ir al dentista. De un modo brutal, prácticamente de una pedrada, se arranca la muela y pierde el sentido. Aquí la simbología parece evidente, el hombre civilizado ha dado paso al hombre salvaje, porque con su desmayo se produce una elipsis que abarca nada menos que cuatro años. Y ¿qué ha pasado? Que Hanks ha perdido kilos y ha ganado unas barbas y unas guedejas rubias hermosísimas. ¿Qué más? Que se aburre en la isla. Que ha intentado suicidarse con muy poca convicción.

Nolan-Hanks resulta ser, pues, un parásito de la isla, que ni siquiera ha inventariado sus recursos, algo casi obligado, por lo reducido de ella, para poder explotarla con racionalidad, para mantener, como lo hace, un fuego permanentemente encendido, sin que se agoten las escasas palmeras de cuyos frutos mayoritariamente se nutre. Hubiera sido ese un nada desdeñable tema colateral a desarrollar, dados los problemas que tiene el hombre moderno. Porque lo que ofrece la película ya lo hemos visto. Cuatro años largos en el Pacífico para descubrir el Mediterráneo.

Pero, si la aventura de supervivencia en la isla no es el asunto, ¿cuál es? ¿Acaso el regreso de entre los muertos? Difícil de contestar. Y si lo es, tampoco es original, pues, después de cada una de las grandes guerras del recién terminado siglo, fue una moda en todas las cinematografías, incluida la de aficionados: el soldado que dado por muerto regresa a su hogar y se lo encuentra ocupado por otro. Así, cuando Nolan vuelve, su prometida se ha casado con otro hombre, con el que tiene además un hijo. ¿Qué va a pasar ahora? Poco o

mucho, depende. Ella no se atreve a enfrentarse a Hanks, a verlo, y sin embargo, cuando él, insomne, acude a casa del matrimonio de madrugada, ella le está esperando al otro lado de la puerta. Se declaran amor eterno. Parece que se van a ir juntos, pero no se van. La nueva vida puede más que el amor, pero el amor queda. Es un final que, si bien se mira, son dos, en el que triunfan los dos valores enfrentados: el del amor, porque persiste; el del deber, porque a él se sacrifica el amor. Es servir a Dios y también al Diablo, o sea, contentar a todos.

Y la película todavía no se ha acabado.

Hemos de volver al cruce de caminos de la escena inicial. Hanks quiere devolver a su remitente el paquete que le acompañó durante su naufragio, el de las alas de ángel, el que no abrió durante su estancia en la isla. Ese paquete contiene, pues, un misterio y una esperanza. Un misterio para el espectador, que jamás sabrá lo que contiene, y una esperanza para Hanks, según reconoce expresamente cuando no encuentra a nadie en la casa y deja una nota que dice algo así como este paquete me salvó la vida. Intuimos que la dueña del rancho, Bettina, se ha divorciado, ahora es sólo su nombre el que aparece en las puertas del rancho. Hanks, tras dejar la nota, vuelve al cruce de caminos. Allí se encuentran, naturalmente no se reconocen. ¿Es esa toda la esperanza que Hanks tiene por delante? ¿Una nueva relación? Lo es y no lo es. O sea, la vida. Un cruce de caminos. Para tamaño viaje, demasiada alforja…

Por eso la impresión más fuerte sigue siendo previa a la película: la de admiración por la capacidad que tiene la industria cinematográfica norteamericana de crear expectación, favorecida desde luego por nuestros medios informativos, televisivos sobre todo, que nunca se recatan a la hora de convertir en noticias no sólo los estrenos de estas películas sino la mera expectativa de estreno. Si se hiciera lo mismo con nuestras obras literarias igual hasta se leía.

Intensa. Pero flojita. Ganará muchos Oscars.